

“EL ÁRBOL DEL CONOCIMIENTO”

Dios le había dicho a Adán que podía comer libremente de todo árbol del jardín excepto del árbol del conocimiento de lo bueno y lo malo. (Génesis 2:17) Ante esta pareja y su prole se puso la vida eterna, con la única condición de que mostraran obediencia. Sería una deshonra a la entera familia de Dios en el cielo y en la Tierra el que Adán fuera tan irrespetuoso que desobedeciera a Dios.

Dios le había dado todo a Adán para que disfrutara de ello. Adán mismo no hizo que la tierra produjera las cosas excelentes que se podían comer. Él no creó a su hermosa compañera, Eva. No hizo su propio cuerpo, con las facultades que le permitían disfrutar de las cosas que tenía. Pero, aunque Adán amaba la excelente vida que bondadosamente se le había dado y disfrutaba de ella, no respondió haciendo lo pertinente con obediencia.

Con el tiempo Adán llegó a poner sus supuestos intereses por encima de los de su Padre celestial. Pensó más de sus deseos inmediatos que de la familia de Dios y de la prole que tendría. Hasta los seres humanos imperfectos desprecian al hombre que es traidor a su familia y que vende sus propios hijos a la esclavitud y la muerte. Y eso fue lo que Adán hizo.—Romanos 7:14.

¿En qué consistió el pecado de Adán? Tuvo que ver con el “árbol del conocimiento de lo bueno y lo malo.” Se ha presentado mucha conjetura en cuanto a este árbol. ¿Era un verdadero árbol? ¿Qué era el “conocimiento” y lo “bueno y lo malo”? ¿Por qué pondría Dios tal árbol en el jardín?

La Biblia indica que el árbol era un verdadero árbol, pues dice que era uno de entre los árboles frutales del jardín. (Génesis 2:9) ¿Qué era el “conocimiento” que el árbol representaba? La Biblia de Jerusalén, católica, presenta un comentario pertinente, en una nota acerca de Génesis 2:17:

“Esta ‘ciencia’ es un privilegio que Dios se reserva y que el hombre usurpará por el pecado, [Génesis] 3:5, 22. No es pues ni la omnisciencia, que el hombre caído no posee, ni el discernimiento moral, que ya poseía el hombre inocente y que Dios no niega a su criatura racional. Es la facultad de decidir uno por sí mismo lo que es bueno y lo que es malo, y de obrar en consecuencia: una reclamación de autonomía moral, por la que el hombre no se conforma con su condición de criatura. El primer pecado ha sido un atentado a la soberanía de Dios, un pecado de orgullo.”

El árbol era, en realidad, un símbolo del borde —la línea de demarcación— o el límite del dominio apropiado del hombre. Era correcto y apropiado, sí, esencial, que Dios le informara a Adán acerca de ese borde. El que un hombre perfecto comiera de aquel árbol exigiría el asentimiento deliberado de su voluntad. Indicaría que el hombre de antemano habría resuelto apartarse de la sujeción a la gobernación de Dios, salirse por su propia cuenta, hacer lo que fuera “bueno” o “malo” según sus propias decisiones.

SE DESAFÍA LA SOBERANÍA DE DIOS

De modo que el hombre se fue por un camino de independencia de Dios. Dios no intervino para estorbar el libre albedrío de Adán. Pero la mala selección de Adán lo metió a él y metió a sus hijos en toda clase de problemas aflictivos, humanamente insolubles.—Romanos 1:28.

Además, la cuestión envolvía más que la simple rebelión de Adán y su esposa. La rebelión del hijo terrestre de Dios hizo que surgiera esta pregunta: ¿Optaría alguien dentro de la familia terrestre de Dios, usando su libre albedrío, por ser leal a la gobernación de Dios, y permanecería alguien leal a Dios cuando se le pusiera bajo presión, o bajo la tentación de ganar algo para sí por medio de la desobediencia? De modo que la integridad, la fidelidad, de todo hombre y mujer que llegara a existir sería un asunto de duda en la mente de todas las criaturas de Dios en el cielo y en la Tierra.

Sin embargo, esta pregunta era subsidiaria o secundaria con relación a una mucho mayor —un desafío en cuanto a lo correcto o apropiado de la soberanía o gobernación de Dios— como lo ilustraron unos desenvolvimientos que se produjeron unos 2.500 años después. Una ilustración de la cuestión implicada se encuentra en lo que le sucedió en la vida real al hombre llamado Job, de lo cual se ha conservado un registro para nuestro provecho.

El libro de Job revela que un ángel celestial de Dios fue el promotor del desafío. Se presentó delante del Altísimo e insolentemente acusó a Job, el siervo devoto de Dios, diciendo que la lealtad de éste a Dios se fundaba solamente en egoísmo. Dios permitió que este hijo de la región de los espíritus le impusiera una prueba de gran adversidad a Job. Aunque Job demostró su fidelidad bajo aquella prueba, el rebelde todavía acusó a Job de tener un corazón malo. Jehová le dijo: “¿Has fijado tu corazón en mi siervo Job, que no hay ninguno como él en la tierra, un hombre sin culpa y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? Aun todavía está reteniendo firmemente su integridad [inculpabilidad, fidelidad a Dios], aunque tú me incitas contra él para que me lo trague sin causa.” El ángel respondió: “Piel en el interés de piel, y todo lo que el hombre tiene lo dará en el interés de su alma. Para variar, alarga tu mano, por favor, y toca hasta su hueso y su carne y ve si no te maldice en tu mismísima cara.”—Job 2:2-5.

Dios dejó que Job fuera probado, pues sabía que él permanecería fiel. Y Job en realidad no perdió por sufrir por algún tiempo. Porque, al fin de la prueba, Dios recompensó a Job hasta un punto que sobrepasó todo aquello de que había disfrutado anteriormente, incluso con otros 140 años de vida adicionales.—Job 42:12-16; compare con Hebreos 11:6.

Este vislumbre de un suceso celestial invisible nos ayuda a ver la verdadera cuestión en cuanto a haber permitido Dios el mal. El ángel desafiador, conocido como Satanás el Diablo, fue en realidad el instigador de la rebelión. No obstante, la primera pareja humana, los cuales se pusieron de parte de Satanás cuando éste puso originalmente en movimiento el desafío, fueron culpables voluntariamente, sin excusa.

Dios le había dado a Adán toda la instrucción y las oportunidades necesarias para que llegara a estar plenamente equipado para mantenerse lealmente de parte de Dios, porque Dios jamás dejaría a un siervo Suyo expuesto a un ataque para el cual no tuviera defensa. (1 Corintios 10:13) Por consiguiente, Adán, teniendo perfecta libertad para ejercer su voluntad, pudo haberse mantenido firme y haber demostrado lealtad y fidelidad. No había factores fuera de su control que lo llevaran a pecar, como sucede en el caso de la humanidad imperfecta hoy. Su pecado fue enteramente voluntario y deliberado.

No obstante, el adversario de Dios, el hijo de espíritu que se rebeló, buscó una oportunidad para dar principio a la rebelión en el universo. Quiso usar a Adán y Eva como instrumentos para la promoción de su desafío a la gobernación de Dios. El relato bíblico nos dice que primero atacó a la mujer. Satanás confiaba en que, habiendo vencido a Eva, podría ejercer gran influencia en Adán.

A REBELIÓN CONTRA DIOS

Aunque una serpiente le habló a Eva, ¿cómo sabemos que la serpiente era realmente solo el instrumento del Diablo?

¿Cómo se puso de hecho en movimiento el desafío a la gobernación de Dios que Satanás tenía pensado? El relato bíblico informa que una inferior bestia del campo, una serpiente, le habló a Eva. Por supuesto, por sí mismo un animal no puede hablar. Satanás el Diablo era quien en realidad hablaba, usando a la serpiente. Debido a este engaño y al uso de la serpiente, Dios lo llama “la serpiente [engañador] original.” (Revelación 12:9) Jesús señaló que Satanás fue el instigador del desafío a la soberanía de Dios cuando dijo que el Diablo era “el padre de la mentira” y un homicida desde el principio de su proceder de rebeldía en Edén. (Juan 8:44) El registro bíblico de esta primera mentira y la rebelión dice:

“Ahora bien, la serpiente resultó ser la más cautelosa de todas las bestias salvajes del campo que Jehová Dios había hecho. De modo que empezó a decirle a la mujer: ‘¿Es realmente el caso que Dios dijo que ustedes no deben comer de todo árbol del jardín?’ Ante esto, la mujer le dijo a la serpiente: ‘Del fruto de los árboles del jardín podemos comer. Pero en cuanto a comer del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: “No deben comer de él, no, no deben tocarlo para que no mueran.”’ Ante esto, la serpiente le dijo a la mujer: ‘Positivamente no morirán. Porque Dios sabe que en el mismo día que coman de él tendrán que abrírselos los ojos y tendrán que ser como Dios, conociendo lo bueno y lo malo.’”—Génesis 3:1-5.

Antes de este tiempo la mujer había obedecido el mandamiento restrictivo de no comer del “árbol del conocimiento” al cual se refirió la serpiente. Ella tenía toda clase de alimento para comer y nada le faltaba. Entendía que el comer del árbol traería malos resultados. No que el fruto fuera veneno, sino que Dios había dicho que el comerlo traería su juicio de muerte. Pues bien, si una persona que estuviera en el bosque viera ciertas plantas, como la hiedra venenosa, o ciertos árboles cuyo fruto fuera peligroso comer, ¿se sentiría atraída o impelida a tocarlos, tomarlos y comerlos? No, no hay tal atractivo. Así sucedió en el caso de Eva. Pero la mentira de Satanás ahora dio atractivo a aquel árbol. Ella creyó sus palabras, expresadas por medio de

una culebra inferior, por encima de las de su Creador. Leemos:

“Por consiguiente, vio la mujer que el árbol era bueno para alimento y que a los ojos era algo que anhelar, sí, el árbol era deseable para contemplarlo. De modo que empezó a tomar de su fruto y a comerlo.”—Génesis 3:6.

EVA ENGAÑADA

¿Por qué no quedó Eva pasmada de asombro, y por qué no huyó cuando la serpiente, sorprendentemente, le habló? La Biblia no dice. Es posible que ella haya visto a la serpiente en el árbol, y sus acciones atrajeran su atención. Ella sabía que era un animal muy cauteloso. De modo que la serpiente puede haber parecido muy sabia, y cuando habló dio la impresión de tener sabiduría especial.

De todos modos, la mentira que se dijo por medio de este animal la convenció de que no moriría al comer del fruto. En vez de eso, creyó que ganaría facultades especiales... ser como Dios, libre e independiente para juzgar por sí misma qué proceder adoptar. No dependería de nadie ni estaría sujeta a nadie. Ciertamente ella abandonó la sujeción a su esposo, quien le había declarado el mandato de Dios. Se adelantó y tomó el fruto sin consultar con él.

Por eso el apóstol Pablo dio énfasis a la sumisión por parte de la mujer cristiana. Señaló que Eva, al pensar que estaba logrando independencia absoluta, en realidad estaba haciendo precisamente lo opuesto de eso y acarreándose la más grande penalidad. Ella trató de hacer algo para lo cual no estaba capacitada. Pablo dijo: “Adán no fue engañado, sino que la mujer fue cabalmente engañada y vino a estar en transgresión.”—1 Timoteo 2:11-14.

LA FALTA DE FE DE ADÁN

Puesto que Adán no fue engañado, ¿qué lo impulsó a unirse a su esposa en la rebelión? Dejó que su deseo por su esposa, Eva, adquiriera prioridad sobre su relación con Dios. Por eso, cuando vio a su esposa, tomó de ella el fruto.—Génesis 3:6.

La Biblia no tiene el registro de las palabras que se dijeron Adán y Eva. Pero ahora Adán se vio súbitamente con un muy serio problema entre manos. Es probable que Adán haya tenido que resolver problemas con relación a su dominio sobre los animales y cultivar el jardín, pero esta situación que envolvía a Eva era algo que penetraba directamente en su mismo corazón y sometía a prueba su lealtad. Quizás se haya preguntado: ‘¿Por qué tiene que pasarme una cosa como ésta a mí tan de repente y con fuerza tan aturdidora, en medio de una vida feliz? ¿Por qué dejó Dios que esto ocurriera?’ Su fe en Dios fue sometida a prueba. Él debió haber mostrado un amor superior a Dios. Debió haber sabido que Dios lo apoyaría.—Salmo 34:15.

Ciertamente Dios hubiera atendido al bienestar de su hijo Adán si Adán hubiera demostrado lealtad. Él hubiera hecho que todo resultara para la completa felicidad de Adán. (Compare con Salmo 22:4, 5.) Pero Adán no ejerció esta fe. Además, trató de excusarse, diciendo: “La mujer que me diste para que estuviese conmigo, ella me dio fruto del árbol y así es que comí.”—

Génesis 3:12.

La respuesta que Adán dio excusándose puso la culpa en la mujer. Pero Adán tenía plena responsabilidad, y, como cabeza de su casa, fue con él que Dios trató directamente. Era reprehensible. De hecho, Adán tomó el proceder que se describe en Santiago 1:13-15:

“Al estar bajo prueba, que nadie diga: ‘Estoy siendo probado por Dios.’ Porque con cosas malas Dios no puede ser probado ni prueba él mismo a nadie. Pero cada uno es probado por medio de ser provocado y atraído seductoramente por su propio deseo. Luego el deseo, cuando se ha hecho fecundo da a luz el pecado; a su vez, el pecado, cuando se ha realizado, produce la muerte.”